

Puesta en orden la plaza, y encargando  
Segun el puesto á cada cual su oficio,  
El silencio importante encomendando  
Trabó las lenguas y aquietó el bullicio,  
Quedando aquel presidio tan callando  
Que la gente estamuros de servicio,  
Visto el sosiego y gran quietud, juzgaba  
Que todo en igual sueño reposaba.

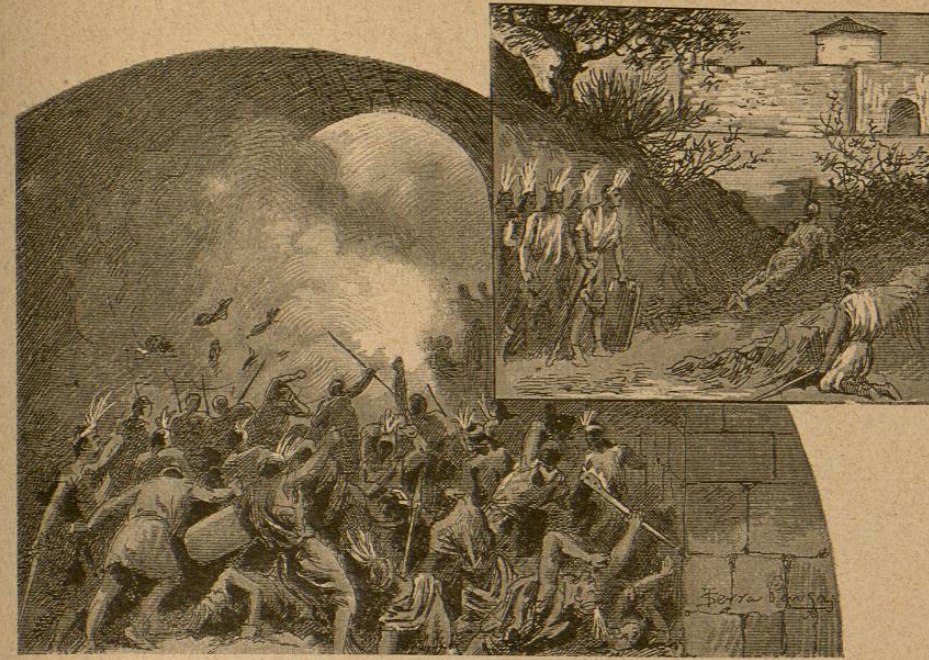
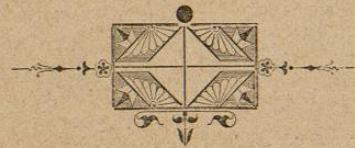
No fué Pran en el curso negligente;  
Pues apenas estábamos armados,  
Cuando los enemigos de repente  
Se descubrieron cerca por dos lados:  
Venian tan escondida y sordamente,  
Bajas las armas y ellos inclinados,  
Que entraran, si la vista ya no fuera  
Mas presta que el oído y más lijera

Como el cursado cazador, que tiene  
La caza y el lugar reconocido,  
Que poco á poco el cuerpo bajo viene  
Entre la yerba y matas escondido;  
Ya apresura el andar, ya le detiene,  
Mueve y asienta el paso sin ruido  
Hasta ponerse cerca y encubierto,  
Donde pueda hacer el tiro cierto:

Con no menor silencio y mayor tiento  
Los encubiertos indios parecieron,  
Y sobre nuestro fuerte en un momento  
A treinta y menos pasos se pusieron:  
De do sin son de trompa ni instrumento  
En callado tropel arremetieron  
Mas de dos mil en número á las puertas  
Con mas cuidado que descuido abiertas.

No sé con qué palabras, con qué gusto  
Este sangriento y crudo asalto cuente,  
Y la lástima justa y odio justo,  
Que ambas cosas concurren juntamente;  
El ánimo ahora humano, ahora robusto  
Me suspende y me tiene diferente:  
Que si al piadoso celo satisfago,  
Condeno y doy por malo lo que hago.

Si del asalto y ocasion me alejo,  
Dentro della y del fuerte estoy metido;  
Si en este punto y término lo dejo,  
Hago y cumplo muy mal lo prometido;  
Así dudoso el ánimo y perplejo  
Destos juntos contrarios combatido,  
Lo dejo al otro canto reservado,  
Que de consejo estoy necesitado.



## CANTO XXXII

Arremeten los araucanos el fuerte; son rebatidos con miserable estrago de su parte; Caupolicán se retira á la sierra deshaciendo el campo; cuenta don Alonso de Ercilla á ruego de ciertos soldados la verdadera historia y vida de Dido.

Escelente virtud, loable cosa,  
De todos dignamente celebrada,  
Es la clemencia ilustre y generosa,  
Jamás en bajo pecho aposentada:  
Por ella Roma fué tan poderosa,  
Y mas gentes venció que por la espada,  
Domó y puso debajo de sus leyes  
La indómita cerviz de grandes reyes.

No consiste en vencer solo la gloria,  
Ni está allí la grandeza y escelencia:  
Sino en saber usar de la vitoria  
Ilustrándola mas con la clemencia.  
El vencedor es digno de memoria;  
Que en la ira se hace resistencia,  
Y es mayor la victoria del clemente,  
Pues los ánimos vence juntamente.

TOMO I

Y así no es el vencer tan glorioso  
Del capitán cruel, inexorable:  
Que cuanto fuere menos sanguinoso,  
Tanto será mayor y mas loable;  
Y el correr del cuchillo riguroso  
Mientras dura la furia es disculpable:  
Mas pasado después á sangre fría  
Es venganza, crueldad y tiranía.

La mucha sangre derramada ha sido,  
Si mi juicio y parecer no yerra,  
La que de todo en todo ha destruído  
El esperado fruto desta tierra;  
Pues con modo inhumano han escedido  
De las leyes y términos de guerra,  
Haciendo en las entradas y conquistas  
Crüeldades inormes nunca vistas.

36



Y aunque esta en mi opinion dellas es una,  
La voz comun en contra me convence,  
Que al fin en ley de mundo y de fortuna  
Todo le es justo y lícito al que vence.  
Mas dejada esta plática importuna  
Me parece ya tiempo que comience  
El crudo estrago y escesivo modo  
En parte justo y lastimoso en todo.

Dejé el bárbaro campo sobre el fuerte,  
En medio del furor y arremetida,  
Y la callada y encubierta muerte  
De mil géneros de armas prevenida;  
Llevado pues del hado y dura suerte  
Con presto paso y con fatal corrida  
Emboca por la puerta y falsa entrada  
El gran tropel de gente amontonada.

¡Dios sempiterno! ¡qué fracaso estraño,  
Qué riza, qué destrozo y batería  
Hubo en la triste gente, que al engaño  
Ciega pensando de engañar venia!  
¿Quién podrá referir el grave daño,  
La espantosa y tremenda artillería,  
El ñublado de tiros turbulento  
Que descargó de golpe en un momento?

Unos vieran de claro atravesados,  
Otros llevados la cabeza y brazos,  
Otros sin forma alguna machucados,  
Y muchos barrenados de picazos:  
Miembros sin cuerpos, cuerpos desmembrados,  
Lloviendo lejos trozos y pedazos,  
Hígados, intestinos, rotos huesos,  
Entrañas vivas y bullentes sesos.

Como la estrecha bien cebada mina  
Cuando con grande estrépito revienta,  
Que la furia del fuego repentina  
Las torres vuela y máquinas avienta:  
Con mas estruendo y con mayor ruina  
La fuerza de la pólvora violenta  
Voló y hizo pedazos en un punto  
Cuanto del escuadron alcanzó junto.

La mudable sin ley cruda fortuna  
Despedazó el ejército araucano,  
No habiendo un solo tiro, ni arma alguna  
Que errase el golpe ni cayese en vano;  
Nunca se vió morir tantos á una,  
Y así aunque yo apresure mas la mano,  
No puedo proseguir, que me divierte  
Tanto golpe, herida, tanta muerte.

Aun no eran bien los tiros disparados,  
Cuando por verse fuera en campo raso  
Los caballos á un tiempo espoleados  
Rompen la entrada y ocupado paso,  
Y en los segundos indios, que ovillados  
Estaban como atónitos del caso  
Hacen riza y mayor carnicería  
Que pudiera hacer la artillería.

Quién aqueste y aquel alanceando  
Abre sangrienta y ancha la salida,  
Quién á diestro y siniestro golpeando  
Priva aquestos y aquellos de la vida;  
No hay ánimo ni brazo allí tan blando  
Que no cale y ahonde la herida,  
Ni espada de tan grueso y boto filo  
Que no destile sangre hilo á hilo.

Quisiera aquí despacio figurarlos,  
Y figurar las formas de los muertos,  
Unos atropellados de caballos,  
Otros los pechos y cabeza abiertos,  
Otros, que era gran lástima mirallos,  
Las entrañas y sesos descubiertos:  
Vieran otros deshechos y hechos piezas,  
Otros cuerpos enteros sin cabezas.

Las voces, los lamentos, los gemidos,  
El miserable y lastimoso duelo,  
El rumor de las armas y alaridos  
Hinchen el aire y cóncavo del cielo;  
Luchando con la muerte los caídos  
Se tuercen y revuelcan por el suelo,  
Saliendo á un mismo tiempo tantas vidas  
Por diversos lugares y heridas.

Ya que libre dejó el súbito espanto  
Al embaucado Pran, que estaba fuera,  
Visto el destrozo cierto, y falso cuanto  
El traidor de Andresillo le dijera,  
La pena y sentimiento pudo tanto,  
Que aunque escaparse el misero pudiera,  
En medio de las armas desarmado  
A morir se arrojó desesperado.

Mas los últimos indios venturosos,  
A los cuales llegó solo el estruendo,  
Volviendo las espaldas presurosos  
Muestran las plantas de los piés huyendo;  
Los nuestros del alcance deseosos  
En carrera veloz los van siguiendo,  
Hiriendo y derribando en los postreros  
Los menos diligentes y lijeros.

Pero algunos valientes, que estimaban  
La ganada opinion mas que la vida,  
Volviendo el pecho y armas refrenaban  
El ímpetu de muchos y corrida;  
Y aunque con grande esfuerzo peleaban  
Era presto la guerra difinida:  
Que la furiosa muerte allí su espada  
Traía de entrambos cortes afilada.

Como en el ya revuelto cielo, cuando  
Se forman por mil partes los nublados,  
Que van unos creciendo, otros menguando,  
Otros luego de nuevo levantados;  
Mas el norueste frígido soplando  
Los impele y arroja amontonados,  
Hasta buscar del ábrego el reparo  
Dejando el cielo raso y aire claro:

Así la gente atónita y turbada  
En partes dividida se esparcía,  
Y á las veces juntándose esforzada  
Haciendo cuerpo y rostro revolvía:  
Pero de la violencia arrebatada  
Dejó el campo y banderas aquel día,  
Quedando de los rotos escuadrones  
Gran número de muertos y prisiones.

Deshechos pues del todo y destruidos,  
Y acabado el alcance y seguimiento,  
Los presos y despojos repartidos,  
Volvimos al dejado alojamiento:  
Donde trece caciques elegidos,  
Para ejemplar castigo y escarmiento,  
A la boca de un grueso tiro atados  
Fueron dándole fuego justiciados.

Muchos habrá de preguntar ganosos  
Si en el monton y número de gente  
Algunos de los indios valerosos  
Fueron muertos allí confusamente;  
Pues en todos los hechos peligrosos  
Rengo, Orompello y Tucapel valiente  
Iban delante en la primera hilera  
Abriendo siempre el paso y la carrera.

Respondo á esto, señor, que no venia  
Capitán ni cacique señalado,  
Visto que el general usado habia  
De fraude y trato entre ellos reprobado,  
Diciendo ser vileza y cobardia  
Tomar al enemigo descuidado,  
Y victoria sin gloria y alabanza  
La que por bajo término se alcanza.

Así que, una arrogancia generosa  
Los escapó del trance y muerte cruda,  
Que ninguno por ruego ni otra cosa  
Quiso en ello venir ni dar ayuda,  
Teniendo por hazaña vergonzosa  
Vencer gente sin armas y desnuda:  
Que el peligro en la guerra es el que honra,  
Y el que vence sin él, vence sin honra.

Quedó Caupolicán desta jornada  
Roto, deshecho, y falto de pujanza,  
Que fué mucha la sangre derramada,  
Y poca de su parte la venganza:  
El cual, viendo la turba amedrentada  
Y el ardor resfriado y la esperanza,  
Deshizo el campo entonces conveniente,  
Dando licencia á la cansada gente.



Quiso entreteñer mientras pasaba  
De los contrarios hados la corrida,  
Conociendo de sí que peleaba  
Con cansada fortuna envejecida;  
Así la gente en partes derramaba  
Con orden que estuviese apercibida  
En cualquiera ocasión y movimiento,  
Para el primer aviso y mandamiento.

Y con solos diez hombres retirado,  
Gente de confianza y valentía,  
Ora en el monte inculto, ora en poblado  
Desmintiendo los rastros parecía,  
Y en lugares ocultos alojado  
Jamás gran tiempo en uno residía,  
Usando de su bárbara insolencia  
Por tenerlos en miedo y obediencia.

Nosotros en su incierto rastro á tino  
Andábamos haciendo mil jornadas,  
No dejando lugar circunvecino  
Que no diésemos salto y trasnochadas;  
Y en los mas apartados del camino  
Hallábamos las casas ocupadas  
De gente foragida de la tierra,  
Que ya andaba huyendo de la guerra,

Diciendo que de grado volvería  
A sus yermas estancias y heredades,  
Pero que el general los compelia  
Usando de inhumanas crueldades;  
Y si en esto remedio se ponía,  
Llanas estaban ya las voluntades  
Para dejar las armas los soldados  
De la prolija guerra quebrantados.

Y aunque esto era fingido, gran cuidado  
Se puso en inquirir toda la tierra,  
No quedando lugar inhabitado,  
Monte, valle, ribera, llano y sierra  
Donde no fuese el bárbaro buscado;  
Mas por bien, ni por mal, por paz, ni guerra,  
Aunque todo con todos lo probamos,  
Jamás señal ni lengua dél hallamos.

No amenaza, castigo ni tormento  
Pudo sacar noticia ó rastro alguno,  
Ni caricia, interés ni ofrecimiento  
Jamás á corromper bastó á ninguno;  
Andábamos atónitos y á tiento  
Segun la variedad de cada uno,  
De día, de noche, acá y allá perdidos,  
Del sueño y de las armas afligidos.

Saliendo yo á correr la tierra un día  
Por caminos y pasos desusados,  
Llevando por escolta y compañía  
Una escuadra de pláticos soldados,  
Dimos en una oculta ranchería  
De domésticos indios ausentados,  
Que por ser grande el bosque y la distancia  
Tomaron por segura aquella estancia.

Sobre un haz de arrancada yerba estaba  
En la cabeza una mujer herida,  
Moza que de quince años no pasaba,  
De noble traje y parecer vestida;  
Y en la color quebrada se mostraba  
La falta de la sangre, que esparcida  
Por la delgada y blanca vestidura  
La lástima aumentaba y hermosura.

Pregunté qué ocasión la había traído  
A lugar tan extraño y apartado,  
Cómo y por qué razón la habían herido,  
Y de inhumana crueldad usado:  
Ella con rostro y ánimo caído,  
Y el tono del hablar debilitado,  
Me dijo: «Es cosa cierta y prometida  
La muerte triste tras la alegre vida.

»Porque entiendas el dego y desvarío  
Que el humano contento trae consigo  
Aun no es cumplido un mes que el padre mio  
Usando de privado amor conmigo  
Me dió esposo elegido á mi albedrío,  
Esposo y juntamente grande amigo,  
Tal y de tantas partes, que yo creo  
Que en él hallará término el deseo.

»Pero su esfuerzo raro y valentía,  
Que della por extremo era dotado,  
Le trujo á la temprana muerte el día  
Que fué nuestro escuadrón despedazado:  
Donde cerca de mí que le seguía  
Un tiro le pasó por el costado,  
Que fuera menos crudo y mas derecho  
Si abriera antes el paso por mi pecho.

»Cayó muerto quedando yo con vida,  
Vida mas enojosa que la muerte;  
Mas viéndome un soldado así afligida,  
En parte condolido de mi suerte,  
Me dió por acabarme esta herida  
Con brazo, aunque piadoso, no tan fuerte  
Que mi espíritu suelto le siguiese,  
Y un bien tras tanto mal me sucediese.

»Dió conmigo en el suelo fácilmente,  
Aunque no me privó de mi sentido,  
Pasando el golpe y furia de la gente  
En confuso tropel con gran ruido;  
Pero luego un cacique mi pariente,  
Que en un hoyo al pasar quedó escondido,  
En brazos me sacó del gran tumulto,  
Trayéndome á este bosque y sitio oculto,

»Donde espero morir cada momento;  
Mas ya como esperado bien se tarda,  
Que es costumbre ordinaria del contento  
No acabar de llegar á quien le aguarda,  
Y aunque ya de mi vida al fin me siento,  
Conmigo el cielo término no aguarda,  
Ni la llamada muerte á tiempo viene,  
Que mi deseo la impide y la detiene.

»La vida así me cansa y aborrece,  
Viendo muerto á mi esposo y dulce amigo,  
Que cada hora que vivo me parece  
Que cometo maldad, pues no le sigo;  
Y pues el tiempo esta ocasión me ofrece,  
Usa tú de piedad, señor, conmigo,  
Acabando hoy aquí lo que el soldado  
Dejó por flojo brazo comenzado.»

Así la triste joven luego luego  
Demandaba la muerte, de manera  
Que algún simple de lástima á su ruego  
Con bárbara piedad condescendiera;  
Mas yo, que un tiempo aquel rabioso fuego  
Labró en mi inculto pecho, viendo que era  
Mas cruel el amor que la herida,  
Corrí presto al remedio de la vida.

Y habiéndola algún tanto consolado,  
Y traído á que viese claramente  
Que era el morir remedio condenado  
Y para el muerto esposo impertinente:  
Con el zumo de yerbas aplicado,  
Medicina ordinaria desta gente,  
Le apreté la herida lastimosa,  
No tanto cuanto grande peligrosa.

Dejando pues un práctico ladino  
Para que poco á poco la llevase,  
Y en los tomados pasos y camino  
Del peligro al pasar la asegurase,  
Partir á mi jornada me convino;  
Mas primero que della me apartase  
Supe que se llamaba Lauca, y que era  
Hija de Millalauco y heredera.

La vuelta del presidio caminando  
Sin hallar otra cosa de importancia,  
Iba con los soldados platicando  
De la fe de las indias y constancia,  
De muchas aunque bárbaras loando  
El firme amor y gran perseverancia,  
Pues no guardó la casta Elisa Dido  
La fe con más rigor á su marido.

Mas un soldado joven, que venía  
Escuchando la plática movida,  
Diciendo, me atajó, que no tenía  
A Dido por tan casta y recogida;  
Pues en la *Eneida* de Maron vería,  
Que del amor libidino encendida,  
Siguiendo el torpe fin de su deseo  
Rompió la fe y promesa á su Siqueo.